

Políticas mundiales, tendencias peligrosas. Anuario CIP 2001

CIP, Fundación Hogar del Empleado,
Icaría Editorial. Madrid, junio 2001

Tradicionalmente se ha descrito la violencia bien como una respuesta a las injusticias que van desde la violación de los derechos humanos al acceso desigual a los recursos o como un acto irracional originado por antiguos odios que tienen a las diferencias étnicas como catalizadores del conflicto. Sin embargo, ¿qué ocurriría si el principal motivo de la guerra fuera la codicia y no la injusticia?, ¿qué ventajas podría ofrecer a los protagonistas el perpetuar un tipo de guerra basada en el control y acumulación de recursos? Ya sean diamantes en Sierra Leona o Angola, narcóticos en Colombia o Afganistán o incluso la ayuda humanitaria en Sudán o Somalia, lo cierto es que, parafraseando una conocida cita de Clausewitz, “la guerra se ha convertido en la continuación de la economía por otros medios”.

Para contribuir con un poco de luz en este asunto y otros relacionados con la política internacional en este nuevo siglo, el Centro de Investigación para la Paz propone al lector algunos artículos de destacados expertos en el área de los estudios para la paz sobre la relación entre las guerras modernas y las economías ilegales. Así, los textos de William Reno y Michel T. Klare describen las condiciones en que la resolución de conflictos tiene que trabajar en contextos caracterizados por luchas y corruptelas neo-medievales entre señores de la guerra, barones de la droga, mercenarios y milicias que se benefician de la guerra y que han encontrado en ella una forma de ganarse la vida. Ejemplos prácticos que describen esta dinámica son los artículos de Mbuyi Kabunda y David Lord, que analizan las dinámicas de Angola y Sierra Leona, donde la acumulación de recursos para seguir luchando y la lucha por seguir acumulando recursos están íntimamente ligados. Si en el caso de Angola asistimos a un acuerdo tácito para repartirse diamantes y petróleo entre las dos partes importantes del conflicto, rebeldes y gobierno en Sierra Leona, los señores de la guerra regionales obtienen autonomía económica a cambio de lealtad a una de las partes en conflicto.

Motivos económicos también hay en la guerra de Chechenia, cuyo drama siguen viviendo miles de personas en la inestable región del Cáucaso. Xulio Ríos analiza la relación entre el control del petróleo por parte de mafias que trafican además con narcóticos, armas y petróleo y la importancia geoestratégica de la zona para Rusia por ser lugar de paso para los hidrocarburos

procedentes del Caspio. Y de un lado del globo el Anuario nos lleva a otro, en este caso Colombia, donde Alfredo Molano describe la errada política del garrote y la zanahoria que lleva a cabo la comunidad internacional, en especial Estados Unidos y la UE en su intento de acabar tanto con el narcotráfico como con el grupo que lo utiliza para financiar su “estado paralelo”, las FARC.

Si bien la mayoría de los artículos gira en torno al tema de los recursos y su relación con la guerra, otros casos poseen, además aspectos que los han hecho ser el centro de la opinión pública. En el caso de Israel, los refugiados, el control de tierras y de agua y la radicalización de las partes en conflicto son algunos de los factores que, según Isaías Barreñada, no permiten una solución al conflicto al menos a medio plazo, ya que mientras un Estado secular promueva una política neocolonial sobre otro pre-Estado religioso-populista cualquier proceso (incluso el de Oslo) será una excusa más para no discutir claramente el estatuto de autonomía de los palestinos. Donde sí hubo procesos y discusiones fue en Bosnia. Sin embargo, el artículo de Jon W. Western y Danuiel Serwer demuestra que, cinco años después de los acuerdos de Dayton, la reconciliación no es todavía una realidad. Un nacionalismo autoexcluyente unido a redes económicas ilegales dificultan la transición a la paz. Bosnia, en este sentido, podría ser un buen precedente de lo que puede suceder en Kosovo.

El caso de Marruecos, analizado aquí por Laura Feliú, nos recuerda el principio de Lampedusa *todo cambia para que nada cambie*. El nuevo Marruecos de Mohamed VI combina cambios en las formas con un control férreo en el fondo en lo que se conoce como *majzén*: Estado, autoritarismo y ocultación. Marruecos es uno de los ejemplos de transición difícil a la democracia en un mundo caracterizado, como dice Larry Diamond, por la mundialización de la democracia. Sin embargo, este autor nos advierte de que esta fase de “hegemonía mundial” de la democracia hay que analizarla como un síntoma de las tendencias mundiales que exigen estabilidad para los mercados financieros y los grupos de poder, sobre todo en los estados con influencia regional.

El anuario termina con tres interesantes artículos: Sandra Gil analiza las respuestas que está dando la UE para gestionar la inmigración, percibida más como una amenaza a los procesos de integración europea que como una oportunidad de aportar sus experiencias en el ámbito laboral o su propio acervo cultural. En cuanto al comercio de armas, Daniel Luz, de la Cátedra UNESCO de Paz y Derechos Humanos, hace un repaso a los compromisos incumplidos por España, exportadora de armas después de los “seis grandes”, cinco de ellos miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. A pesar de las campañas (entre las que destaca la impulsada por algunas ONG españolas)

y los códigos de conducta elaborados desde la UE, el autor señala la falta de instrumentos y la ausencia de transparencia real para controlar el comercio de las armas. Por último, y muy unido al tema anterior, está la violación de los derechos humanos y la tendencia entre la búsqueda de la justicia internacional y las repuestas locales a los mismos, fruto de lo cual el juicio al general Pinochet es, como apunta Roberto Montoya, el mayor avance logrado en décadas en el terreno de la justicia universal.

Carlos Illán Sailer